

ECOSOCIALISMO

La alternativa radical
a la catástrofe ecológica capitalista

MICHAEL LÖWY

ECOSOCIALISMO

La alternativa radical
a la catástrofe ecológica capitalista

Traducción de Maysi Veuthey

BIBLIOTECA NUEVA

LÖWY, Michael
[Écosocialisme. L'alternative radicale à la catastrophe écologique
capitaliste]

Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica
capitalista; traducción del francés por M.ª Luisa Veuthey. Madrid :
Biblioteca Nueva, 2012.

192 p. ; 23 cm

ISBN : 978-84-9940-503-2

1. Ecología 2. Política 3. Ideologías políticas 4. Partidos
políticos

574 PSFA

329 JPF

Título original: *Écosocialisme. L'alternative radicale à la catastrophe écologique
capitaliste*, Editions Mille et une nuits, 2012.

Diseño cubierta: José María Cerezo

© Mille et une nuits, Librairie Arthème Fayard, 2012

© Michael Löwi, 2012

© Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2012

Almagro, 38

28010 Madrid

www.bibliotecanueva.es

editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-9940-503-2

Depósito Legal: M-33.642-2012

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. L.

Impreso en España - *Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

PREFACIO. Antes del diluvio el ecosocialismo, la apuesta política actual	9
POSTSCRIPTUM	19

I

SOCIALISMO ECOLÓGICO

CAPÍTULO 1.—¿Qué es el ecosocialismo	25
CAPÍTULO 2.—Ecosocialismo y planificación democrática	45

II

MARXISMO Y ECOSOCIALISMO

CAPÍTULO 3.—Progreso destructivo. Marx, Engels y la ecología .	67
CAPÍTULO 4.—La revolución es el freno de emergencia. Actualidad político-ecológica de Walter Benjamin	85

III

ASPECTOS ESENCIALES DE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA ECOSOCIALISTAS

CAPÍTULO 5.—Por una ética ecosocialista	95
CAPÍTULO 6.—Ecología y altermundialismo	103
CAPÍTULO 7.—Ecología y publicidad	111

IV
ESTUDIO DE CASOS:
ESTADOS UNIDOS Y BRASIL

CAPÍTULO 8.—Una ecología de izquierdas en Estados Unidos .	127
CAPÍTULO 9.—En Brasil, el combate de Chico Mendes	139

ANEXOS

1. Manifiesto ecosocialista internacional (septiembre de 2001) ..	151
2. Red brasileña ecosocialista (2003)	157
3. Declaración ecosocialista internacional de Belem (2008)	161
4. Copenhague, 12 de abril de 2049 (2009)	175
5. Cancún (2010) ¡Cambiemos el sistema (capitalista), no el clima! La perspectiva ecosocialista	183
BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA	187

PREFACIO

Antes del diluvio el ecosocialismo, la apuesta política actual

El ecosocialismo es una corriente política fundada sobre una constatación fundamental: la salvaguarda del equilibrio ecológico del planeta; la protección de un medio ambiente favorable a las especies vivas —incluida la nuestra— es incompatible con la lógica expansiva y destructiva del sistema capitalista. La búsqueda del «crecimiento» bajo los auspicios del capital nos conduce a corto plazo —en los próximos decenios— a una catástrofe sin precedentes en la historia de la humanidad: el calentamiento global.

James Hansen, climatólogo de la NASA, uno de los más importantes especialistas mundiales en cuestiones de cambio climático —la administración Bush intentó en vano impedir que sus pronósticos se hicieran públicos—, escribe lo siguiente en el primer párrafo de un libro publicado en 2009:

El planeta Tierra, la creación, el mundo en el que se ha desarrollado la civilización, el mundo con las normas climáticas que conocemos, con su geografía costera estable, está en peligro, un peligro inminente. Ahora tenemos pruebas evidentes de la crisis [...]. La sorprendente conclusión es que la continua explotación de todos los combustibles fósiles de la Tierra no solo amenaza a millones de especies del planeta, sino también a la propia

supervivencia de la humanidad —y en un plazo de tiempo inferior al que se suponía¹.

Es una afirmación ampliamente compartida. Hervé Kempf, en su incisivo y bien informado libro *Comment les riches détruisent la planète* (2007), presenta, sin eufemismos ni falsas apariencias, los escenarios del desastre que se prepara: a partir de un determinado umbral, que podríamos alcanzar mucho antes de lo previsto, el sistema climático podría desbocarse de manera irreversible; ya no podría quedar excluido un cambio súbito y brutal, que provocaría que la temperatura global aumentara varios grados, hasta un nivel insoportable. Ante esta constatación, confirmada por los científicos y compartida por millones de ciudadanos del mundo entero conscientes del drama, ¿qué hacen los poderosos, la oligarquía de los multimillonarios que dirigen la economía mundial? «El sistema social que rige actualmente la sociedad humana, el capitalismo, se opone ciegamente a los cambios que es indispensable desear si se quiere conservar para la existencia humana su dignidad y sus expectativas». Una clase dirigente depredadora y codiciosa obstaculiza cualquier voluntad de transformación efectiva; casi todas las esferas de poder y de influencia se someten a su pseudorealismo, que pretende que es imposible cualquier alternativa y que la única vía imaginable es la del «crecimiento». Esta oligarquía, obsesionada con el consumo ostentoso y la competencia suntuaria —como ya señalaba el economista americano Thorstein Veblen²—, es indiferente a la degradación de las condiciones vitales de la mayoría de los seres humanos y está ciega ante la gravedad del envenenamiento de la biosfera³.

¹ James E. Hansen, *Storms of my Grandchildren. The Truth About the Coming Climate Catastrophe and our Last Chance to Save Humanity*, Nueva York, Bloomsbury, 2009, pág. IX.

² Thorstein B. Veblen, *Théorie de la classe de loisir* (1899), París, Gallimard, col. «Tel», 1979.

³ Hervé Kempf, *Comment les riches détruisent la planète*, París, Le Seuil, 2007. Véase también su igualmente interesante obra, *Pour sauver la planète, sortez du capitalisme*, París, Le Seuil, 2009.

Los «responsables» del planeta —multimillonarios, dirigentes, banqueros, inversores, ministros, parlamentarios y todo tipo de «expertos»— motivados por la limitada y miope racionalidad del sistema, obsesionados con los imperativos de crecimiento y de expansión, con la lucha por las partes del mercado, con la competitividad, los márgenes de beneficio y la rentabilidad, parece que obedecen al principio proclamado por Luis XV: «Después de mí, el diluvio». El diluvio del siglo XXI corre el riesgo de adoptar la forma de una subida inexorable de las aguas, como el de la mitología bíblica, ahogando bajo sus olas las ciudades costeras de la civilización humana.

El espectacular fracaso de las conferencias internacionales sobre el cambio climático de Copenhague (2008) y de Cancún (2010) ilustran esta ceguera: los poderosos de este mundo, empezando por los Estados Unidos y China, rechazaron cualquier compromiso concreto y numérico, incluso mínimo, de reducción de emisiones de CO₂. Las medidas tomadas hasta ahora por los poderes más «ilustrados» —cuerdos de Kioto, paquete clima/energía europea, con sus «mecanismos de flexibilidad» y sus mercados de derechos de contaminación— revelan, como señala el ecologista belga Daniel Tanuro, una «política de mentecatos» incapaz de afrontar el desafío del cambio climático; lo mismo cabe decir, *a fortiori*, de las soluciones «tecnológicas» por las que tienen preferencia el presidente Obama y los gobiernos europeos: el «vehículo eléctrico», los agrocombustibles, el «*clean carbon*» y esa energía maravillosa, limpia y segura: la nuclear (era antes de la catástrofe de Fukushima)...

Como ya previó Marx en *La ideología alemana*, las fuerzas productivas se están convirtiendo en fuerzas destructivas, creando un riesgo de destrucción física para decenas de millones de seres humanos —un escenario peor que los «holocaustos tropicales» del siglo XIX estudiados por Mike Davis⁴.

⁴ Mike Davis, *Génocidestropicaux. Catastrophes naturelles et famines coloniales. Aux origines du sous-développement*, París, La Découverte, 2009.

¿Cuál es, pues, la solución alternativa? ¿La penitencia y la ascesis individual, como parece que proponen tantos ecologistas? ¿La reducción drástica del consumo? El agrónomo Daniel Tanuro comprueba con lucidez que la crítica cultural del consumismo propuesto por los «objetores del crecimiento» es necesaria, pero no suficiente. Hay que atacar el propio modo de producción. Solo una toma de conciencia colectiva y democrática permitiría, a la vez, responder a las necesidades sociales reales, reducir el tiempo de trabajo, suprimir las producciones inútiles y perjudiciales, sustituir las energías fósiles por la solar. Todo esto implica una incursión profunda en el régimen de la propiedad capitalista, una extensión radical del sector público y de la gratuidad, en resumen, un plan ecosocialista coherente⁵.

La premisa central del ecosocialismo, implícita en la misma elección del este término, es que todo socialismo no ecológico es un callejón sin salida. Corolario: una ecología no socialista es incapaz de tomar en consideración los retos actuales.

La asociación que lleva a cabo del «rojo» —la crítica marxista del capital y el proyecto de una sociedad alternativa— y el «verde» —la crítica ecologista del productivismo— no tiene nada que ver con las combinaciones gubernamentales llamadas «rojiverdes», esas coaliciones entre la socialdemocracia y determinados partidos verdes, que se forman en torno a un programa social-liberal de gestión del capitalismo. El ecosocialismo es una propuesta *radical* —es decir, que ataca la raíz de la crisis ecológica— que se diferencia tanto de las variantes productivistas del socialismo del

⁵ Daniel Tanuro, *L'Impossible Capitalisme vert*, París, La Découverte, col. «Les empêcheurs de penser en rond», 2010. Véase también la recopilación colectiva dirigida por Vicent Gay, *Pistes pour un anticapitalisme vert*, París, Syllepse, 2010, con las contribuciones, entre otros, de Daniel Tanuro, François Chesnais, Laurent Garrouste. También tenemos una crítica argumentada y precisa del capitalismo verde en las obras de los ecomarxistas estadounidenses: Richard Smith, «Green capitalismo: the god that failed», *Real-World Economics Review*, núm. 56, 2011 y John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, *The Ecological Rift*, Nueva York, Monthly Review Press, 2010.

siglo XX (sea este la socialdemocracia o el «comunismo» de factura estalinista) como de las corrientes ecológicas que se acomodan, de una u otra forma, al sistema capitalista. Es una propuesta radical que no solo pretende una transformación de las relaciones de producción, una mutación del aparato productivo y de los modelos dominantes de consumo, sino también crear un nuevo paradigma de civilización, incompatible con los cimientos de la civilización capitalista/industrial occidental moderna.

En la presente obra se tratará principalmente la corriente ecomarxista. Sin embargo, en la ecología social de inspiración anarquista del americano Murray Bookchin, en la ecología profunda del noruego Arne Naess y en los escritos de varios «objetores del crecimiento», entre ellos el francés Paul Ariés, encontramos análisis radicalmente anticapitalistas y propuestas alternativas próximas al ecosocialismo.

No es este un lugar para desarrollar una historia del ecosocialismo. Recordemos, no obstante, algunos hitos.

La idea de un socialismo ecológico —o de una ecología socialista— nace verdaderamente en los años 1970, bajo formas muy diversas, en los escritos de varios pioneros de la reflexión «roja y verde»; Manuel Sacristán (España), Raymond Williams (Reino Unido), André Gorz y Jean Paul Deléage (Francia) y Barry Commoner (Estados Unidos). Aparentemente, el término «ecosocialismo» no empieza a ser utilizado antes de los años 1980, cuando el partido alemán Die Grünen, una corriente de izquierdas, se autodenomina como «ecosocialista»; sus principales portavoces son Rainer Trampert y Thomas Ebermann. Hacia esta época se publica el libro *La Alternativa*⁶, escrito por un disidente socialista de la Alemania del Este, Rudolf Bahro⁷, que desarro-

⁶ Rudolf Bahro, *Die Alternative. Zur Kritik des real existieren den Socialismus*, Europäische Verlagsanstalt, 1977; *L'Alternative: pour une critique du socialisme existant réellement*, trad. bajo la dirección de Patrick Charbonneau, París, Stock 2, col. «Lutter», 1979.

⁷ Penny Kemp, Frieder Otto Wolf, Pierre Juquin, Carlos Antunes, Isabelle Stengers, Wilfrid Telkamper, *Europe's Green Alternative: A Manifesto For a New World*, Montreal, Black Rose Books, 1992.

lla una crítica radical al modelo soviético y de la Alemania del Este, a favor de un socialismo ecológico. Durante los años 1980, el investigador norteamericano James O'Connor teoriza sobre su concepción de un marxismo ecológico y funda la revista *Capitalism, Nature and Socialism*, mientras que Frieder Otto Wolf, diputado europeo y dirigente de una corriente a la izquierda del Partido Verde alemán, y Pierre Juquin, antiguo dirigente comunista, reformista convertido a los planteamientos rojos/verdes, redactan juntos el libro *Europe's Green Alternative*⁸, especie de tentativa de manifiesto ecosocialista europeo. Paralelamente, en España, en torno a la revista de Barcelona *Mientras tanto*, discípulos de Manuel Sacristán, como Francisco Fernández Buey, desarrollan también una reflexión ecológica socialista. En 2003, la IV.^a Internacional adopta, con motivo de su congreso, el documento «Ecología y revolución socialista», de inspiración claramente ecosocialista. En 2001, el filósofo americano Joel Kovel y yo mismo publicamos un *Manifiesto écosocialista*, que serviría de referencia para la fundación en París, en 2007, de la Red ecosocialista internacional —que distribuiría, con motivo del Foro social mundial de Belem (Brasil), la *Declaración de Belem*, un nuevo manifiesto ecosocialista sobre el problema del calentamiento global. Añadamos a esto los trabajos de John Bellamy Foster y de sus amigos de la conocida revista de izquierdas americana *Monthly Review*, que invocan una revolución ecológica con un programa socialista; los escritos de las ecosocialistas feministas Ariel Salleh y Terisa Turner; la revista *Canadian Dimension*, animada por los ecosocialistas Ian Angus y Cy Gornik; las reflexiones del revolucionario peruano Hugo Blanco sobre las relaciones entre indigenismo y ecosocialismo; los trabajos del investigador belga Daniel Tanuro sobre el cambio climático y los callejones sin salida del «capitalismo verde»; los trabajos de autores franceses cercanos a la corriente altermundialista, como Jean-Marie Harribey; los escritos del filósofo (discípulo de Ernst Bloch y de André Gorz) Arno

⁸ Black Rose, Montreal, 1992.

Münster; las redes ecosocialistas de Brasil y de Turquía, las conferencias ecosocialistas que se empiezan a organizar en China, etc.

¿Cuáles son las convergencias y los desacuerdos entre el ecosocialismo y la corriente del decrecimiento? Recordemos en primer lugar que esta corriente, inspirada por las críticas a la sociedad de consumo —debidas sobre todo a Henri Lefebvre, a Guy Debord y a Jean Baudrillard— y al «sistema técnico» —descrito por Jean Baudrillard— está lejos de ser homogéneo. Se trata de una esfera de influencia plural, que se organiza entre dos polos: por una parte, antioccidentalistas tentados por el relativismo cultural (Serge Latouche), por otra parte, ecologistas republicanos/universalistas (Vicent Cheynet, Paul Ariès).

El economista Serge Latouche es, sin duda, el más controvertido de los partidarios del «decrecimiento». Ciertamente, parte de sus argumentos están justificados y se puede suscribir su empeño de desmitificación del «desarrollo sostenible», de crítica a la religión del crecimiento y del progreso, y su llamamiento a un cambio cultural. Pero son muy discutibles su rechazo en bloque al humanismo occidental, al pensamiento de la Ilustración y a la democracia representativa, así como su relativismo cultural. A pesar de lo que anuncia, resulta difícil entender cómo sus preconizaciones no nos llevarían a la Edad de Piedra. Y es difícilmente sostenible su denuncia de las propuestas de Attac (Jean-Marie Harribey) para los países del sur —desarrollar las redes de conducción de agua, las escuelas y los centros de salud—, por ser «etnocéntricas», «occidentalistas» y «destructoras de los modos de vida locales». Por último, su argumento para no hablar del capitalismo —o hablar tan poco, puesto que sería descubrir la pólvora, ya que esta crítica «ya está hecha y bien hecha por Marx»— no es serio: es como si no hubiera necesidad de denunciar la destrucción productivista del planeta porque Gorz ya lo ha criticado y «lo ha hecho bien»...

Más interesante es la corriente universalista, representada especialmente por la revista *Décroissance*, incluso aunque se puedan criticar las ilusiones «republicanas» de Cheynet

y Ariès. Contrariamente al primero, este segundo polo tiene numerosos puntos de convergencia —a pesar de las polémicas— con los altermundialistas de Attac, los ecosocialistas y la izquierda de la izquierda francesa (PG y NPA) por las temáticas que defiende: extensión de la gratuidad, predominio del valor de uso sobre el valor de cambio, reducción del tiempo de trabajo y de las desigualdades sociales, ampliación de lo «no mercantil», reorganización de la producción de acuerdo con las necesidades sociales y la protección del medio ambiente.

En una obra reciente⁹, el antiguo periodista y pastor Stéphane Lavignotte esboza un balance del debate entre los «objectores del crecimiento» y los ecosocialistas. ¿A qué hay que darle más importancia, a la crítica de las relaciones sociales de clase y a la lucha contra las desigualdades, o a la denuncia del crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas? ¿Dónde debe recaer el mayor esfuerzo, en las iniciativas individuales, las experimentaciones locales, la simplicidad voluntaria, o en el cambio del aparato productivo y de la «megamaquinaria» capitalista? El autor se niega a elegir y propone asociar estas dos actuaciones complementarias. El reto, en su opinión, es combinar la lucha por el interés ecológico de clase de la mayoría, es decir, de los no propietarios de capital, y la política de las minorías activas por un cambio cultural radical. En otras palabras, conseguir —sin esconder las divergencias ni los inevitables desacuerdos— una «composición política» que reuniría a todos aquellos que saben que un planeta y una humanidad admisibles son contradictorios con el capitalismo y el productivismo, y que buscan el camino para salir de nuestro inhumano sistema.

Como conclusión a este breve prefacio, digamos por último que el ecosocialismo es un proyecto de futuro, una utopía radical, un horizonte de lo posible, pero también, e inseparablemente, una acción *hic et nunc*, aquí y ahora, que se fija objetivos concretos e inmediatos. La primera esperanza para el futuro reside en movilizaciones como la de Seattle en

⁹ Stéphane Lavignotte, *La décroissance est-elle souhaitable?*, París, Textuel, 2010.

1990, que vio la convergencia de los ecologistas y de los sindicalistas antes de que naciera el movimiento altermundialista; o las protestas de cien mil personas en Copenhague en 2009, bajo la consigna «Cambiemos el sistema, no el clima»; o la conferencia de los pueblos sobre el cambio climático y la defensa de la Madre Tierra, en Cochabamba, Bolivia, en abril de 2010, que vio cómo se unían más de treinta mil delegados de movimientos indígenas, campesinos y ecologistas del mundo entero.

La presente obra no es una sistematización de las ideas o las prácticas ecosocialistas. Retomando varios artículos que he publicado, se propone, más modestamente, explorar algunos aspectos, algunos campos y algunas experiencias ecosocialistas. Por supuesto, representa únicamente la opinión de su autor, que no coincide necesariamente con la de otros pensadores o redes que se proclaman pertenecientes a esta corriente. No pretende codificar una doctrina nueva ni fijar ningún tipo de ortodoxia. Una de las virtudes del ecosocialismo es, precisamente, su diversidad, su pluralidad, la multiplicidad de perspectivas y de enfoques, a menudo convergentes o complementarios —como demuestran los documentos publicados en el anexo, que proceden de diferentes redes ecosocialistas—, pero también, a veces, divergentes o, incluso, contradictorios.

MICHAEL LÖWY

Postscriptum

El 11 de marzo de 2011 llegan las terribles noticias de la catástrofe nuclear de Fukushima, en Japón. Por segunda vez en su historia, el pueblo japonés es víctima de la locura nuclear. Aún no se conoce la magnitud del desastre, pero es evidente que se trata de un momento crucial. En la historia de la energía nuclear civil habrá un antes y un después de Fukushima.

Después de Chernóbil, el *lobby* nuclear occidental encontró la réplica: la catástrofe de Ucrania era el resultado de la gestión burocrática, incompetente e ineficaz, propia del sistema soviético. «Esto no podría sucedernos a nosotros», nos repetían. ¿De qué vale este argumento hoy, cuando lo que está afectado es el bastión de la industria privada japonesa?

Los medios de comunicación han puesto en evidencia la irresponsabilidad, la falta de preparación y las mentiras de la Tokyo Electric Power Company (TEPCO) —con la complicidad activa de las autoridades locales y nacionales y de los organismos de control japoneses—, más preocupada por la rentabilidad que por la seguridad. Estos hechos son indiscutibles. Pero, si insistimos demasiado en este aspecto, corremos el riesgo de perder de vista lo esencial: *la inseguridad es inherente a la energía nuclear*. No solo, no más en este campo que en otros, no hay riesgo cero, sino que cualquier incidente es una amenaza que puede tener consecuencias incontrolables y desastrosas, irremediables. Estadísticamente, los

accidentes son inevitables. El sistema nuclear es en sí insostenible. Tarde o temprano ocurrirán otros Chernóbil u otros Fukushima, provocados por errores humanos, disfuncionamientos internos, temblores de tierra, accidentes de aviación, atentados o por acontecimientos imprevisibles. Parafraseando a Jean Jaurès, podríamos decir que lo nuclear conlleva la catástrofe como los nubarrones, la tormenta.

Por tanto, no es sorprendente que el movimiento antinuclear se vuelva a movilizar a gran escala, ya con algunos resultados positivos, especialmente en Alemania. «Salida inmediata de lo nuclear», esta consigna se expande como un reguero de pólvora. Sin embargo, la reacción de la mayoría de los gobiernos —primero en Europa y en Estados Unidos— es el rechazo a salir de la trampa nuclear. Se intenta calmar a la opinión pública con la promesa de una «seria revisión de la seguridad de nuestras centrales». La Moan¹, medalla de oro de la ceguera nuclear, vuelve incontestablemente al gobierno francés. Uno de los consejeros del presidente, el señor Henri Guaino, declaró recientemente: «El accidente nuclear de Japón podría favorecer a la industria francesa, cuya seguridad es una marca de fábrica». *No comment...*

Los nucleócratas —una oligarquía particularmente obtusa e impermeable— pretenden que el fin de lo nuclear en el mundo significaría la vuelta a las velas o a las lámparas de aceite. La auténtica realidad es que el 13,4 por 100 de la electricidad mundial lo producen las centrales nucleares. Podríamos prescindir de esta fuente de energía. Es posible, incluso probable, que, bajo la presión de la opinión pública, se reduzcan considerablemente los delirantes proyectos de expansión ilimitada de las capacidades nucleares y de construcción de nuevas centrales en muchos países. No obstante, se puede temer que este frenazo se vea acompañado de una huida hacia adelante en las energías fósiles más «sucias»: el carbón, el petróleo *offshore*, las arenas bituminosas, el gas de esquisto. El capitalismo no puede limitar su expansión y, por tanto, tampoco su consumo de energía. Y como la conver-

¹ Alusión al verbo inglés «*to moan*», lamentarse.

sión a las energías renovables no es «competitiva», se puede prever un nuevo y rápido aumento de las emisiones de gases de efecto invernadero. El primer hito en la batalla socioecológica por una transición energética es el rechazo de este falso dilema, es imposible decidirse entre una hermosa muerte radioactiva y una lenta asfixia debida al calentamiento global. ¡Otro mundo es posible!

MICHAEL LÖWY
París

Le agradezco calurosamente a Luis Martínez Andrade su ayuda en la preparación de esta obra.

I
SOCIALISMO ECOLÓGICO

CAPÍTULO 1

¿Qué es el ecosocialismo?

Crecimiento exponencial de la contaminación del aire en las grandes ciudades, del agua potable y del medio ambiente en general; calentamiento del planeta, deshielo de los dos casquetes polares (Groenlandia y Antártida), multiplicación de los cataclismos «naturales»; comienzo de destrucción de la capa de ozono en la atmósfera terrestre; destrucción, a velocidad cada vez mayor, de los bosques tropicales y rápida reducción de la biodiversidad por la extinción de miles de especies; agotamiento de los suelos, desertización; acumulación de residuos, particularmente nucleares, imposibles de gestionar, sea en los continentes o en los océanos; multiplicación de incidentes nucleares y amenaza de un nuevo Chernóbil; contaminación de los alimentos debida a los pesticidas y a otras sustancias tóxicas, o por manipulaciones genéticas, «vacas locas» y otras carnes con hormonas...

Todas las alarmas están al rojo vivo: es evidente que la loca carrera por el beneficio, la lógica productivista y mercantil de la civilización capitalista/industrial nos conducen a un desastre ecológico de consecuencias incalculables. No es ceder al catastrofismo comprobar que la dinámica de «crecimiento» infinito provocada por la expansión capita-

lista amenaza con destruir los cimientos de la vida humana sobre el planeta¹.

LOS MARXISTAS Y LA ECOLOGÍA

¿Cómo hay que reaccionar ante este peligro? El socialismo y la ecología —al menos algunas de sus corrientes— tienen objetivos comunes que conllevan un cuestionamiento de la autonomización de la economía, del reino de la cuantificación, de la producción como meta en sí misma, de la dictadura del dinero, de la reducción del universo social al cálculo de márgenes de beneficio y a las necesidades de acumulación del capital. Tanto el socialismo como la ecología se proclaman partidarios de valores cualitativos: el valor de uso, la satisfacción de las necesidades, la igualdad social para unos, la salvaguarda de la naturaleza, el equilibrio ecológico para los otros. Ambos conciben la economía «encajada» en el entorno, el social para unos, el natural para los otros. La cuestión ecológica es *el gran reto* para una renovación del pensamiento marxista en el siglo XXI. Exige de los marxistas una profunda revisión crítica de su concepción tradicional de las «fuerzas productivas», así como una ruptura radical con la ideología del progreso lineal y con el paradigma tecnológico y económico de la civilización industrial moderna. El filósofo alemán Walter Benjamin fue uno de los primeros marxistas del siglo XX en plantearse este tipo de cuestiones: ya en 1928, en su libro *Sentido único*, denuncia la idea de dominio de la naturaleza como una «enseñanza imperialista» y propone un nuevo concepto de técnica: no es ya el dominio de la naturaleza por el hombre sino el «dominio de la relación entre naturaleza y humanidad». Unos años después, en las tesis sobre el concepto de Historia (*Über den Begriff der Geschichte*, 1949), enriqueció el materialismo histórico con las ideas de Charles Fourier: este visionario utó-

¹ Véase sobre este tema la excelente obra de Joel Kovel, *The Enemy of Nature. The end of capitalism or the end of the World?*, Nueva York, Zed Books, 2002.

pico soñó con «un trabajo que, lejos de explotar la naturaleza, [fuera] capaz de ayudarla a parir las creaciones que dormitan en su seno»².

Todavía hoy, el marxismo está lejos de haber subsanado su retraso en este campo. Sin embargo, ahora se están llevando a cabo varias reflexiones que empiezan a aplicarse a esta tarea. El ecologista y «marxista-polanyista» James O'Connor ha abierto una línea fecunda: a la primera contradicción del capitalismo, examinada por Marx, la de entre fuerzas y relaciones de producción, conviene añadir una segunda, la de entre fuerzas productivas y *condiciones de producción* —los trabajadores, el espacio urbano y la *naturaleza*—. Por su dinámica expansionista, el capital pone en peligro o destruye sus propias condiciones, empezando por el entorno natural. Una posibilidad que Marx no había tenido suficientemente en cuenta³.

Otro punto de vista interesante es el que sugiere un «ecomarxista» italiano en uno de sus textos recientes: «La fórmula según la cual se produce una transformación de las fuerzas potencialmente productivas en fuerzas efectivamente destructivas, sobre todo en relación con el medio ambiente, nos parece más apropiada y más significativa que el conocido esquema de la contradicción entre fuerzas productivas (dinámicas) y relaciones de producción (que las encadenan

² Walter Benjamin, *Sens unique (Einbahnstraße, 1928)*, París, Lettres Nouvelles-Maurice Nadeau, 1978, pág. 243; y «Thèses sur la philosophie de l'histoire», *L'Homme, le Langage et la Culture*, París, Denoël, 1971. Se puede mencionar igualmente al teórico socialista austríaco Julius Dickmann, autor de un ensayo pionero publicado en 1933 en la revista francesa *La Critique sociale*: según él, el socialismo no sería el resultado de un «auge impetuoso de las fuerzas productivas», sino más bien una necesidad impuesta por la contracción de las reservas de recursos naturales», dilapidados por el capital. El desarrollo «irreflexivo» de las fuerzas productivas llevado a cabo por el capital mina las condiciones mismas de la existencia de la especie humana («La véritable limite de la production capitaliste», *La Critique sociale*, núm. 9, septiembre, 1993).

³ James O'Connor, «La seconde contradiction du capitalisme: causes et conséquences», en «L'écologie, ce matérialisme historique», *Actuel Marx*, núm. 12, París, págs. 30 y 36.

a las anteriores). Por otra parte, esta fórmula permite dar un fundamento crítico y no apologético al desarrollo económico, tecnológico, científico y, por tanto, elaborar un concepto de progreso «*diferenciado*» (E. Boch)⁴.

Tanto si es marxista como si no, en Europa, el movimiento obrero tradicional —sindicatos, partidos socialdemócratas y comunistas— sigue estando profundamente marcado por la ideología del progreso y por el productivismo: en varias ocasiones, ha llegado a defender, sin cuestionárselo demasiado, la energía nuclear o la industria del automóvil. Es cierto que empieza a haber una sensibilización hacia el ecologismo y esto se está empezando a difundir, especialmente en los sindicatos y los partidos de izquierdas de los países nórdicos, en España, en Alemania, etc.

EL PUNTO MUERTO DEL ECOLOGISMO

La gran contribución de la ecología fue —y sigue siéndolo— concienciarnos de los peligros que amenazan al planeta, que son consecuencia del modo actual de producción y consumo. El aumento exponencial de las agresiones al medio ambiente y la creciente amenaza de una ruptura del equilibrio ecológico determinan un escenario catastrófico que plantea el problema de la supervivencia de la especie humana en la Tierra. Nos enfrentamos a una *crisis de la civilización* que exige cambios radicales.

Desgraciadamente, las propuestas que plantean las corrientes dominantes de la ecología política europea han sido hasta ahora insuficientes o han llevado a callejones sin salida. Su debilidad principal es ignorar la conexión entre productivismo y capitalismo. La negación de este vínculo consustancial conduce a la ilusión de un «capitalismo limio»; o a la idea de que es posible y deseable reformar el

⁴ Tiziano Bagarolo, «Encore sur marxisme et écologie», *Quatrième Internationale*, núm. 44, mayo-julio, 1992, pág. 25.

capitalismo para controlar sus «excesos» (por ejemplo, podría corregirse por medio de las ecotasas). Las corrientes mayoritarias de la ecología política consideran similares las economías burocráticas dirigidas y las economías del productivismo occidental, no se decantan por ninguna de las dos, que consideran variantes del mismo modelo. Sin embargo, este argumento ha perdido gran parte de su interés desde el hundimiento del pretendido «socialismo real».

Los ecologistas se equivocan si creen poder hacer economía a partir de la crítica marxista del capitalismo. Una ecología que no se da cuenta de la relación entre el «productivismo» y la lógica del beneficio está condenada al fracaso —o, peor aún, a la recuperación por el sistema—. No faltan ejemplos... La ausencia de posición anticapitalista coherente ha llevado a la mayoría de los partidos verdes europeos —en Francia, Alemania, Italia y en Bélgica, particularmente— a convertirse en simples socios «ecorreformistas» de la gestión social-liberal del capitalismo en los gobiernos de centro izquierda.

Al considerar a los obreros como irremediamente ganados por el productivismo, algunos ecologistas consideran que el movimiento obrero ha llegado a un punto muerto, y han inscrito en sus banderas: «Ni izquierda ni derecha». Los exmarxistas convertidos a la ecología declaran apresuradamente el «adiós a la clase obrera» (André Gorz), mientras que otros (Alain Lipietz) insisten en que hay que abandonar el «rojo», es decir el marxismo o el socialismo, y adherirse al «verde», nuevo paradigma capaz de aportar una respuesta a todos los problemas económicos y sociales.

Por último, en las corrientes llamadas fundamentalistas o de *deep ecology* se llega a esbozar, con el pretexto de luchar contra el *hubris* humano devastador y el antropocentrismo, un rechazo del humanismo, que conduce a posiciones relativistas que tienden a situar en el mismo nivel a todos los seres vivos. ¿Realmente hay que considerar que el bacilo de Koch o el Anófeles tienen el mismo derecho a la vida que un niño enfermo de tuberculosis o de malaria?

EL ECOSOCIALISMO

¿Qué es, entonces, el ecosocialismo? Se trata de una corriente de pensamiento y de acción ecológica que hace suyos los principios fundamentales del marxismo al tiempo que los despoja de sus escorias productivistas. Para los ecosocialistas, la lógica del mercado y del beneficio —al igual que la del autoritarismo burocrático del supuesto «socialismo real»— es incompatible con las necesidades de salvaguarda del entorno natural. Al tiempo que critican la ideología de las corrientes dominantes del movimiento obrero, los ecosocialistas reconocen que los trabajadores y sus organizaciones son una fuerza esencial para cualquier transformación radical del sistema y para el establecimiento de una nueva sociedad, socialista y ecológica.

El ecosocialismo se ha desarrollado principalmente en el transcurso de los últimos treinta años, gracias a la obra de pensadores como Manuel Sacristán, Raymond Williams, Rudol Bahro (en sus primeros escritos) y André Gorz, así como a las valiosas contribuciones de James O'Connor, Barry Commoner, John Bellamy Foster, Joel Kovel (Estados Unidos), Juan Martínez-Alier, Francisco Fernández Buey, Jorge Riechman (España), Jean-Paul Deléage, Jean-Marie Harribey (Francia), Elmar Altvater, Frieder Otto Wolf (Alemania), y otros muchos, que ofrecen sus opiniones en una red de revistas tales como *Capitalism, Nature and Socialism*, *Ecología Política*, etc.

Esta corriente está lejos de ser políticamente homogénea, pero la mayoría de sus representantes comparten una serie de ideales: la ruptura con la ideología productivista del progreso —en su forma capitalista o burocrática— y la oposición a la expansión infinita de un modelo de producción y consumo destructor de la naturaleza. Esta corriente representa una tentativa original de articular las ideas fundamentales del socialismo marxista con los principios de la crítica ecológica.

James O'Connor define como ecosocialistas las teorías y los movimientos que aspiran a subordinar el valor de cam-

bio al valor de uso, y que organizan la producción en función de las necesidades sociales y de los requisitos para la protección del medio ambiente. Su objetivo común, un socialismo ecológico, se traduciría en una sociedad ecológicamente racional fundada en el control democrático, la igualdad social y el predominio del valor de uso⁵. Yo añadiría que una sociedad así supone la propiedad colectiva de los medios de producción, una planificación democrática que permita a la sociedad definir los objetivos de producción y las inversiones, y una nueva estructura tecnológica de las fuerzas productivas.

Dicho de otro modo, una transformación revolucionaria en los niveles social y económico⁶.

El razonamiento ecosocialista descansa en dos argumentos esenciales:

En primer lugar, el modo de producción y consumo actual de los países capitalistas desarrollados, basado en la lógica de la acumulación ilimitada (del capital, de los beneficios, de las mercancías), del despilfarro de los recursos naturales, del consumo ostentoso y de la destrucción acelerada del medio ambiente, no puede de ninguna manera extenderse al conjunto del planeta so pena de una crisis ecológica mayor. Según cálculos ya antiguos, si se generalizara al conjunto de la población mundial el consumo medio de energía de Estados Unidos, las reservas conocidas de petróleo se agotarían

⁵ James O'Connor, *Natural Causes. Essays in Ecological Marxism*, Nueva York, The Guilford Press, 1998, págs. 278 y 331.

⁶ John Bellamy Foster emplea el concepto de «revolución ecológica», pero explica: «Una revolución ecológica a escala planetaria digna de este nombre solo puede darse en el marco de una revolución social —y, repito, socialista— más amplio. Una revolución de este tipo [...] necesitaría, como señalaba Marx, que la asociación de los productores pudiera regular racionalmente la relación metabólica entre el hombre y la naturaleza [...]. Debe estar inspirada en las ideas de William Morris, uno de los más originales y ecologistas herederos de Karl Marx, en las de Gandhi y de otras figuras radicales, revolucionarias y materialistas, entre ellas el propio Marx, y hasta Epicuro» (John B. Foster, «Organizing Ecological Revoution», *Monthly Review*, vol. 57, núm. 5, 2005, págs. 9-10).

en *19 días*⁷. Este sistema, por tanto, está necesariamente fundado en el mantenimiento y el agravamiento de desigualdades escandalosas, empezando por la existente entre el norte y el sur.

En segundo lugar, en este estado de cosas, la continuación del «progreso» capitalista y la expansión de la civilización basada en la economía de mercado —incluso bajo esa forma brutalmente no igualitaria— amenaza directamente y a medio plazo (cualquier previsión sería azarosa) la supervivencia misma de la especie humana. La salvaguarda del entorno natural es, por tanto, un imperativo para la humanidad.

La racionalidad limitada del mercado capitalista, con sus cálculos inmediatistas de pérdidas y ganancias, es intrínsecamente contradictoria con una racionalidad ecológica, que tiene en cuenta la temporalidad larga de los ciclos naturales. No se trata de oponer los «malos» capitalistas ecocidas a los «buenos» capitalistas verdes: es el propio sistema, fundado en la competencia despiadada, las exigencias de rentabilidad, la carrera por el beneficio rápido, lo que destruye el equilibrio natural. El pretendido capitalismo verde no es más que una maniobra publicitaria, una etiqueta para vender una mercancía o, en el mejor de los casos, una iniciativa local equivalente a una gota de agua en el terreno árido del desierto capitalista.

Contra el fetichismo de la mercancía y de la autonomización de la economía impuesto por el neoliberalismo, el futuro pende de la puesta en marcha de una «economía moral», en el sentido que le daba a este término el historiador británico Edward P. Thompson, es decir, una política económica fundada en criterios no monetarios y extraeconómicos; en otras palabras, la «reintrincación» de lo económico en lo ecológico, lo social y lo político⁸.

⁷ María Mies, «Liberación del consumo o politización de la vida cotidiana», *Mientras Tanto*, núm. 48, Barcelona, 1992, pág. 73.

⁸ Véase Daniel Bensaïd, *Marx l'intempestif*, París, Faard, 1995, págs. 385-386 y 396 y Jorge Riechman, *Problemas con los frenos de emergencia?*, Madrid, Editorial Revolución, 1991, pág. 15.

Las reformas parciales son del todo insuficientes: hay que sustituir la microrracionalidad del beneficio por una macrorracionalidad social y ecológica, lo que requiere un verdadero *cambio de civilización*⁹. Esto es imposible sin una profunda reorientación *tecnológica* cuyo objetivo sea la sustitución de las fuentes actuales de energía por otras no contaminantes y renovables, como la energía eólica o la solar¹⁰. La primera cuestión que se plantea es, por tanto, la del control de los medios de producción y, sobre todo, de las decisiones sobre las inversiones y la mutación tecnológica: hay que arrancarle a los bancos y a las empresas capitalistas el poder de decisión en estos ámbitos y restituirselo a la sociedad, que es la única que puede tomar en consideración el interés general. Ciertamente, el cambio radical no solo atañe a la producción, sino también al consumo. Sin embargo, el problema de la civilización burguesa/industrial no es —contrariamente a lo que pretenden a menudo los ecologistas— el «consumo excesivo» de la población, y la solución no es una «limitación» general del consumo, especialmente en los países capitalistas desarrollados. Lo que debe cuestionarse es el tipo de consumo actual, fundado en la ostentación, el despilfarro, la alienación mercantil, la obsesión por acumular.

Es necesaria una reorganización completa del modo de producción y de consumo, siguiendo criterios externos al mercado capitalista: las necesidades reales de la población («solventes» o no) y la salvaguarda del medio ambiente. En otros términos, una economía de transición al socialismo, «encajada» (como diría Karl Polanyi) en el entorno social y natural, porque mana de la decisión democrática, tomada por la propia población, de las prioridades y las inversiones —y no por las «leyes del mercado» o por un Po-

⁹ Véase respecto a este tema el destacado ensayo de Jorge Riechman, «El socialismo puede llegar solo en bicicleta», en *Papeles de la Fundación de Investigaciones Maristas*, núm. 6, Madrid, 1996.

¹⁰ Algunos marxistas sueñan ya con un «comunismo solar»: véase David Schwartzam, «Solar Communism», *Science and Society*, número especial «Marxism and Ecology», vol. 60, n. 3, otoño de 1996.

litburó omnisciente. En otras palabras, una planificación democrática local, nacional y, tarde o temprano, internacional que defina: 1) qué productos deben subvencionarse o incluso distribuirse gratuitamente; 2) cuáles son las opciones energéticas que hay que impulsar, sean o no las más «rentables» en un primer momento; 3) cómo reorganizar el sistema de transportes, en función de criterios sociales y ecológicos; 4) qué medidas hay que tomar para reparar, cuanto antes, los gigantescos estragos medioambientales que ha dejado como «herencia» el capitalismo. Y así sucesivamente...

Esta transición no solo conduciría a un nuevo modo de producción y a una sociedad igualitaria y democrática, sino también a un modo de vida alternativo, a una nueva civilización, ecosocialista, más allá del reino del dinero, de los hábitos de consumo artificialmente inducidos por la publicidad y la producción hasta el infinito de mercancías dañinas con el medio ambiente (¡el automóvil particular!).

¿Utopía? En el sentido etimológico ('ningún lugar'), sin duda. Pero si no creemos, con Hegel, que «todo lo que es real es racional, y que todo lo que es racional es real», ¿cómo se puede pensar en una racionalidad sustancial sin recurrir a utopías? La utopía es indispensable para el cambio social, obtiene su fuerza de las contradicciones de la realidad y de los movimientos sociales reales. Este es el caso del ecosocialismo, que propone una estrategia de alianza entre los «rojos» y los «verdes», no en el sentido político estrecho de los partidos socialdemócratas y de los partidos verdes, sino en el sentido amplio, es decir, entre el movimiento obrero y el movimiento ecologista —la solidaridad con los oprimidos, los explotados del sur.

Esta alianza presupone que la ecología renuncie a la idea, seductora para algunos, de un naturalismo antihumanista, y abandone su pretensión de reemplazar a la crítica de la economía política. Esta convergencia implica también que el marxismo se desembarace del productivismo, sustituyendo el esquema mecanicista de la oposición entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción que lo limitan por la idea, mucho más fecunda, de que

las fuerzas potencialmente productivas son, efectivamente, fuerzas destructivas¹¹.

¿DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS O SUBVERSIÓN DEL APARATO DE PRODUCCIÓN?

Un determinado marxismo clásico, basándose en algunos pasajes de Marx y de Engels, parte de la contradicción entre fuerzas y relaciones de producción para definir la revolución social como la supresión de las relaciones de producción capitalistas, convertidas en un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas. Esta concepción parece considerar al aparato productivo como «neutro»; y una vez liberado de las relaciones de producción impuestas por el capitalismo, podría desarrollarse ilimitadamente. Ya no es necesario demostrar el error de esta concepción teórica.

Hay que rechazar esta perspectiva. Desde un punto de vista ecosocialista, se puede refutar esta concepción inspirándose en los comentarios de Marx sobre la Comuna de París: los trabajadores no pueden apoderarse de la máquina del Estado capitalista y hacer que funcione a su servicio. Tienen que «romperla» y sustituirla por otra, de naturaleza totalmente distinta, una forma no estatal y democrática de poder político, escribe en *La guerra civil en Francia* (1781).

Este mismo análisis es válido, *mutatis mutandis*, para el aparato productivo: por su naturaleza y su estructura, no es neutro, está al servicio de la acumulación del capital y de la expansión ilimitada del mercado. Está en contradicción con los requisitos de salvaguarda del medio ambiente y de la salud de la fuerza de trabajo. Por tanto, hay que «revolucionarlo», transformando radicalmente su naturaleza. Esto puede significar, para algunas ramas de la producción —por ejemplo, determinadas técnicas de pesca intensiva e industrial (responsables de la práctica extinción de numerosas es-

¹¹ Daniel Bensaid, *Marx l'intempestif*, ob. cit., págs. 391 y 396.

pecies marinas), la tala en los bosques tropicales, las centrales nucleares, etc., la lista es muy larga.

Lo que hay que transformar, con la supresión de las relaciones de producción capitalistas y el comienzo de una transición al socialismo, es el conjunto del modo de producción y de consumo, construido enteramente en torno a un consumo energético cada vez mayor, al automóvil particular y a productos domésticos energívoros. Ni que decir tiene que las transformaciones del sistema productivo o de los transportes —sustitución progresiva de la carretera por el ferrocarril, por ejemplo— hay que hacerlas con la garantía del pleno empleo de la fuerza de trabajo.

¿Cuál será el futuro de las fuerzas productivas en esta transición al socialismo —un proceso histórico que no se mide en meses ni en años—? Dos escuelas se enfrentan en lo que podríamos llamar la izquierda ecológica: la escuela optimista (según la cual, gracias al progreso tecnológico y a las energías blandas, el desarrollo de las fuerzas productivas socialistas podrían satisfacer «a cada uno según sus necesidades», retomando el esquema de expansión ilimitada), que no integra los límites naturales del planeta y acaba por reproducir, bajo la etiqueta «desarrollo sostenible», el antiguo modelo socialista; y la escuela pesimista (que parte de esos límites naturales y considera que hay que limitar de manera draconiana el crecimiento demográfico y el nivel de vida de las poblaciones), acaricia, a veces, el sueño de una «dictadura ecológica ilustrada»: como habría que reducir a la mitad el consumo de energía, a costa de renunciar a nuestro modo de vida (vivienda individual, calefacción muy confortable, etc.), estas medidas, que serían muy impopulares, solo podrían imponerse con el asentimiento de la sociedad.

Me parece que estas dos escuelas comparten una concepción puramente *cuantitativa* del desarrollo de las fuerzas productivas. Hay una tercera postura, que me parece más apropiada, cuya hipótesis principal es el *cambio cualitativo* del desarrollo: poner fin al monstruoso despilfarro de recursos que hace el capitalismo, sustentado en la producción a gran escala de productos inútiles o dañinos, para orientar la producción hacia la satisfacción de las necesidades auténti-

cas, empezando por las que podemos denominar como «bíblicas»: el agua, los alimentos, el vestido y la vivienda.

¿Cómo distinguir las necesidades auténticas de las artificiales o ficticias? Estas últimas están inducidas por el sistema de manipulación mental que se llama «publicidad». Pieza indispensable en el funcionamiento del mercado capitalista, la publicidad está condenada a desaparecer en una sociedad de transición hacia el socialismo y puede ser reemplazada por la información proporcionada por las asociaciones de consumidores. El criterio para distinguir una necesidad auténtica de una necesidad artificial es su persistencia tras la desaparición de la publicidad.

El automóvil particular responde a una necesidad real, pero en un proyecto ecosocialista fundado en la abundancia de transportes públicos gratuitos tendría un papel mucho más reducido que en la sociedad burguesa, donde se ha convertido en un fetiche mercantil, un signo de prestigio y el centro de la vida social, cultural, deportiva y erótica de los individuos.

Sin duda, responderán los pesimistas, pero los individuos se mueven por deseos y aspiraciones infinitas, que hay que controlar y contener. Sin embargo, el ecosocialismo se basa en una apuesta, que ya era la de Marx: el predominio, en una sociedad sin clases, del «ser» sobre el «tener»; es decir, la realización personal en actividades culturales, lúdicas, eróticas, deportivas, artísticas y políticas más que en la acumulación de bienes y productos.

Esto no quiere decir que no habrá conflictos entre las exigencias de protección del medio ambiente y las necesidades sociales, entre los imperativos ecológicos y las necesidades de desarrollo, particularmente en los países pobres. Es la democracia socialista, liberada de los imperativos del capital y del mercado, quien tiene que resolver estas contradicciones.

CONVERGENCIAS EN LA LUCHA

La utopía revolucionaria de un socialismo verde o de un «comunismo solar» no significa que no haya que empezar a actuar ahora mismo. No hacerse ilusiones acerca de la po-

sibilidad de «ecologizar» el capitalismo no quiere decir renunciar a emprender la batalla por unas reformas inmediatas. Por ejemplo, algunas formas de ecotasas pueden resultar útiles, a condición de que se basen en una lógica social igualitaria (hacer que pague quien contamine, y no el consumidor) y que se prescinda del mito de que es posible calcular el precio de mercado del coste de los daños (externalidades) ecológicos; son variables inconmensurables desde el punto de vista monetario. Necesitamos desesperadamente ganar tiempo, luchar inmediatamente por la prohibición de los gases fluorados CFC que destruyen la capa de ozono, por una moratoria sobre los organismos genéticamente modificados (OGM), por que se impongan limitaciones severas a las emisiones de gases de efecto invernadero, por privilegiar el transporte público¹² sobre el automóvil particular, contaminante y antisocial.

La trampa en la que se puede caer en este terreno es que veamos cómo nuestras reivindicaciones se toman formalmente en cuenta, pero vaciadas de su contenido. El protocolo de Kioto sobre el cambio climático es un ejemplo claro de esta corrupción. Preveía una reducción mínima del 5 por 100 de las emisiones de gases de efecto invernadero con relación a 1990 para el período de compromiso comprendido entre los años 2008-2012 —bastante poco para los resultados realmente concluyentes en el fenómeno del calentamiento climático del planeta. Los Estados Unidos, principal potencia responsable de las emisiones de gases —antes de ser superados en 2009 por China— rechazan siempre obstinadamente ratificar el protocolo; en cuanto a Europa, Japón y Canadá, lo han ratificado, es cierto, pero añadiendo cláusulas, como el famoso mercado de derechos de emisión, o el reconocimiento de los pretendidos pozos de carbono, y disposiciones que reducen enormemente el alcance, ya bastante limitado, del protocolo. Más que los intereses a largo plazo de la humanidad, lo que ha primado han sido aquellos, a

¹² Jorge Riechmann, «Necesitamos una reforma fiscal guiada por criterios igualitarios y ecológicos», en *De la economía a la ecología*, Madrid, Editorial Trotta, 1995, págs. 82-85.

corto plazo, de las multinacionales del petróleo y del complejo industrial del automóvil¹³.

La lucha por las reformas ecosociales conllevará una dinámica de cambio, de transición entre las demandas mínimas y el programa máximo, a condición de que se rechacen las presiones de los intereses dominantes, que apelan a las «leyes del mercado», la «competitividad» o la «modernización».

Se manifiesta ya una necesidad de convergencia y de articulación coherente de los movimientos sociales y de los movimientos ecologistas, de los sindicatos y de los defensores del medio ambiente, de los «rojos» y de los «verdes»: empezando por la lucha contra el sistema de la deuda y las políticas de ajuste ultraliberales impuestas por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Unión Europea, con dramáticas consecuencias sociales y ecológicas, como el desempleo masivo, la destrucción de los servicios públicos, de la protección social y de los cultivos de subsistencia, el agotamiento de los recursos naturales para favorecer la exportación; y la necesidad de producir localmente bienes poco contaminantes, según normas controladas, y asegurar la soberanía alimentaria de las poblaciones contra la aidez de las grandes empresas capitalistas¹⁴.

La lucha por una nueva civilización, a la vez más humana y más respetuosa con la naturaleza, tiene que pasar por la movilización del conjunto de movimientos sociales emancipadores, que hay que asociar. Como muy bien dice Jorge Riechman:

... este proyecto no puede rechazar ningún color del arco iris: ni el rojo del movimiento obrero anticapitalista e igualitario, ni el violeta de las luchas por la liberación de la mujer, ni el blanco de los movimientos no violentos

¹³ Véase el esclarecedor análisis de John Bellamy Foster, «Ecology against Capitalism», *Monthly Review*, vol. 53, núm. 5, octubre de 2001, págs. 12-14.

¹⁴ Véase Pierre Rousset, «Convergence de combats. L'écologie et le social», *Rouge*, 16 de mayo de 1996, págs. 8-9.

por la paz, ni el negro del antiautoritarismo de los libertarios y de los anarquistas, y menos aún el verde de la lucha por una humanidad justa y libre en un planeta habitable¹⁵.

EMERGENCIA DEL PROBLEMA ECOSOCIAL EN EL SUR

La ecología social se ha convertido en una fuerza social y política presente en la mayoría de los países europeos, pero también, en cierta medida, en los Estados Unidos. Sin embargo, nada sería más equivocado que considerar que las cuestiones ecológicas conciernen únicamente a los países del norte, que son un lujo más de las sociedades ricas. En los países del capitalismo periférico («sur») surgen movimientos sociales con una dimensión ecológica que reaccionan ante el agravamiento creciente de los problemas ecológicos en sus continentes, en Asia, en África o en América Latina, muy a menudo como consecuencia de una política deliberada de exportación de las producciones contaminantes o de los residuos de los países imperialistas del norte. Esta política, por otra parte, está acompañada de un discurso económico que la legitima por insuperable; desde el punto de vista de la lógica del mercado, formulada por el propio Lawrence Summers —eminente experto y antiguo economista jefe del Banco Mundial, y antiguo secretario del Tesoro Americano—, «¡los pobres son baratos!». Lo que significa, en sus propios términos:

El cálculo del coste de la contaminación dañina para la salud depende de la pérdida de rendimiento debida a la mayor morbilidad y mortalidad. Desde este punto de vista, una cantidad dada de contaminación nociva para la salud debería ponerse en el país con los costes más bajos, es decir, en el país con los salarios más bajos¹⁶.

¹⁵ Jerge Richman, «El ecosocialismo puede llegar solo en bicicleta», ob. cit., pág. 57.

¹⁶ «Let them eat pollution», *The Economist*, 8 de febrero de 1992.

Una formulación cínica que traduce sin apariencias engañosas la lógica del capital globalizado. Al menos su frase tiene el mérito de la franqueza, en contraste con todos los discursos lenitivos de las instituciones financieras internacionales que alegan el «desarrollo».

En los países del sur han nacido movimientos que el economista barcelonés Joan Martínez-Alier llama «el ecologismo de los pobres» o incluso el neonarodnismo¹⁷ ecologista. Con esto, designa las movilizaciones populares en defensa de la agricultura campesina y del acceso comunal a los recursos naturales, amenazados de destrucción por la expansión agresiva del mercado (o del Estado), así como a las luchas contra la degradación del medio ambiente inmediato provocada por el intercambio desigual, la industrialización dependiente, las manipulaciones genéticas y el desarrollo del capitalismo en el campo: el «agronegocio». A menudo estos movimientos no se definen como ecologistas, sin embargo, su lucha no deja de tener una dimensión ecológica determinante¹⁸. Evidentemente, no se oponen a las mejoras que aporta el progreso tecnológico, al contrario, la demanda de electricidad, de agua corriente, las necesidades de canalización y de alcantarillado, la implantación de dispensarios médicos ocupan puestos importantes entre sus reivindicaciones. Lo que rechazan es la contaminación y la destrucción de su medio natural en aras de las leyes del mercado y de los imperativos de la expansión capitalista.

Un texto del dirigente campesino peruano Hugo Blanco expresa admirablemente el sentido de este «ecologismo de los pobres»:

¹⁷ Alusión a la organización rusa antizarista que adoptó el nombre de «Narodnaia volia» (literalmente, «la voluntad del pueblo»), próxima al revolucionario Netchaïev, que preconizaba el terrorismo; no existió más que dos años, de 1879 a 1881.

¹⁸ Joan Martínez-Alier, «Political Ecology, Distributional Conflicts, and Economic Incommensurability», *New Left Review*, núm. 211, mayo-junio, 1995, págs. 83-84.

A primera vista, los defensores del medio ambiente o los conservacionistas son unos tipos un poco locos que luchan por que no desaparezcan las ballenas o los osos pandas. La gente común tiene otras preocupaciones mucho más importantes, por ejemplo, cómo conseguir el pan de cada día. [...] Sin embargo, en Perú existen grandes masas populares que son defensoras del medio ambiente. Por supuesto, si a esa gente le digo «eres ecologista», pueden contestarme «ecologista será tu madre»... Y, sin embargo, los habitantes de Ilo y de los pueblos de alrededor, en lucha contra la contaminación provocada por la Southern Peru Copper Corporation [explotación minera de cobre] ¿no son acaso defensores del medio ambiente? [...] Y la población de la Amazonia, ¿no es absolutamente ecologista, dispuesta como está a morir defendiendo sus bosques contra la depredación? Y otro tanto la población de Lima cuando protesta contra la contaminación de las aguas¹⁹.

A principios del siglo XXI, la ecología social se ha convertido en una de las formaciones más importantes del gran movimiento contra la globalización capitalista neoliberal que se ha expandido tanto por el norte como por el sur del planeta. La presencia masiva de ecologistas ha sido una sorprendente característica de la gran manifestación de Seattle en 1999 contra la Organización Mundial del Comercio, la cual lanzó el movimiento internacional de contestación. Durante el primer Foro social mundial en Porto Alegre, en 2001, uno de los actos simbólicos importantes fue la operación llevada a cabo por militantes del Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) de Brasil y por la Confederación francesa campesina de José Bové, que consistió en arrancar las plantas de maíz transgénico de la multinacional Monsanto. La lucha contra la proliferación descontrolada de los OGM moviliza en Brasil, en la India, en Francia y en otros países, no solo al movimiento ecologista,

¹⁹ Artículo en el diario *La República*, Lima, 6 de abril de 1991 (citado por Joan Martínez-Alier, «Political Ecology, Distributional Conflicts, and Economic Incommensurability», ob. cit., pág. 74.

sino también al movimiento campesino y a una parte de la izquierda, con el apoyo de la opinión pública, preocupada por las consecuencias imprevisibles que pudieran tener las manipulaciones transgénicas sobre la salud pública y el medio ambiente.

La lucha contra la mercantilización del mundo y la defensa del medio ambiente, la resistencia a la dictadura de las multinacionales y la batalla por la ecología están íntimamente ligadas en la reflexión y la práctica del movimiento mundial contra la mundialización capitalista/liberal.